

LA NINFA DE LA FUENTE.

LEYENDA.

I.

Por los años del Señor de 1186, existía en un pequeño señorío de Alemania, el caballero Emerich de Drontheim. Heredero de un nombre puro y de un blason sin mancha, Emerich, tan luego como recibió el orden de la Caballería, marchó á hacer sus primeras armas al emporio de los guerreros cristianos, á Palestina. Muchos años se pasaron antes de que los habitantes de Drontheim celebrasen la vuelta de su señor, y en la época en que comienza esta narracion, Emerich habia vuelto, pero sus vasallos observaron con dolor la notable diferencia que habia entre el imberbe y apuesto garzon, que lleno de valor y de esperanzas habia salido de la morada de sus abuelos, y el hombre silencioso, tostado por el sol del desierto, y sumergido segun parecia en un oculto pesar, que á ella habia venido á entregarse á una calma misteriosa y sepulcral.

La lanza de Emerich se cubria de orin en el astillero, sus jaurias mostraban en vano el ansia con que deseaban salir á caza, y sus halconeros bostezaban á la puerta del castillo, viéndose sin ocupacion.

Entre tanto el baron de Drontheim, encerrado en una estancia apartada del bullicio, era el objeto de todas las conjeturas y de todas las conversaciones. No faltaban viejas caritativas que divulgasen (bajo de reserva, por supuesto) que Emerich habia hecho pacto con el diablo: otros mas indulgentes, juzgaban que su conducta era el resultado de algun voto: y habia algunos que aseguraban á pié juntillas que el pobre caballero estaba próximo á perder el seso.

Una de las singularidades del baron era que solamente los viernes salia del castillo, y aun entónces no lo hacia sino hasta que se habia obscurecido. Jamas volvia antes de la salida del sol. Vanas fueron las tentativas que hicieron los curiosos para averiguar cual era el objeto de estas escursiones nocturnas, y la vida del baron era un enigma que cada dia presentaba mas dificultades al que trataba de descifrarlo.

Sin embargo, no estaba remota la época en

que una circunstancia particular debia descubrir el arcano. Emerich cayó enfermo, y cuando llegó el dia de su misteriosa expedicion no pudo moverse de la cama. Conforme se acercaba la hora de su acostumbrada salida, su agitacion se hacia mas y mas visible; por fin hizo un esfuerzo para levantarse, mas no pudo pasar de la puerta de su habitacion. Convencido de que era imposible salir, llamó á Hacem, fiel Sarraceno que le habia acompañado á su vuelta de la Tierra Santa, y le habló en estos términos.

„Recuerda, mi buen Hacem, que me debes la vida. Ningun motivo de queja he tenido en todo el tiempo que llevas de servirme; pero ahora voy á exigirte la recompensa del precioso don que te hice allá en los ardientes arenales de la Siria. Prométeme en primer lugar, guardar el mas profundo secreto respecto de la revelacion que te voy á hacer.”

„Lo prometo solemnemente amo mio.”

„Pues bien, escucha. Dirijete con precaucion á la fuente de Detmold, y di á la persona que debe estar allí esperándome, que una enfermedad me impide acudir al lugar designado. Vé, y vuelve presto, y te recomiendo de nuevo el secreto.”

Partió Hacem inmediatamente, y al cabo de un cuarto de hora se encontró cercano á la fuente de Detmold. Conforme se minoraba la distancia que de ella le separaba, le iba sobrecojiendo una sensacion indefinida de temor; en vano hacia por sofocarla: la hora, el silencio y la soledad, contribuian mas bien á aumentarla, que á desvanecerla.

Llegó por fin al bosque de cuyo centro brotaba la fuente, y vaciló algun tiempo antes de penetrar á él. La gratitud venció al miedo, y al cabo, con corazon palpitante y paso poco firme, se dirigió al término de su expedicion.

Una voz suave y melancólica, cuyo misterioso concento vino á interrumpir el silencio de la noche, le hizo detener. Puso atencion y escuchó las siguientes coplas.

Vieco Mexicano.



LA NINFA DE LA FUENTE.

Tienen perfume las flores
Para el alma venturosa,
Le es dulce escuchar el canto
Que la filomena entona.
Cuando el alma de pesares
Libre se vé y de zozobras,
Todo el mundo le sonrie:
La naturaleza toda,
A sus ojos se presenta
Deslumbrante, prestigiosa,
Y un éxtasis de placer,
Nuestros sentidos arroba.
Mas si cruel infortunio
Con su peso nos agobia,
El mundo es vasto desierto,
Pierden las flores su aroma,
Y escuchamos con tristeza
Abrumados de congoja,
El canto apacible y dulce
Que la filomena entona.

Cesó el cantar, y Hacem percibió á la luz de la luna una hermosa doncella que reclinada sobre un césped y medio sumergida en la fuente tenia los ojos fijos con tristeza en sus aguas, mas puras y diáfanas que el cristal. Brazaletes de flores adornaban sus brazos torneados y tan blancos como el ampo de nieve que se desprende de la cumbre del monte Pilâtre, su lueña cabellera flotaba suelta, y dejaba adivinar las gracias de su delicado talle. Un cendal blanco y sutil cubria sus mórbidas formas y esparcía sobre toda su figura una tinta vaporosa y aerea.

El Sarraceno la admiró por largo tiempo en silencio, y le pareció que aquella criatura celestial era una de las que el Profeta ha ofrecido á los fieles creyentes en el paraíso. Finalmente, se adelantó hacia ella y la dijo cual era el objeto de su venida.

„¿Está enfermo?” exclamó la doncella, „Emerich está enfermo! Decidle que esa nueva me parte el corazón. Decidle que mi alma le adora, y que deploro el destino fatal que me liga á este sitio. Si no, volaria á su lado, su abrasada frente se reclinaria en mi seno, y mis lágrimas la refrescarían. ¡Ah! Volad, volad, que sepa que mi amor es inalterable, que siempre es el alma del alma mia!!!...”

Un copioso llanto se desprendió de sus negros ojos y fué á mezclarse con el puro raudal de la fuente. Al día siguiente notaron con estrañeza los habitantes de Detmold, la fragancia que sus aguas despedían. Si hubieran sabido la causa, nada habrían estrañado, porque ¿quién no conoce el perfume que exhalan las lágrimas arrancadas por el amor?

Hacem volvió á Drontheim, y refirió á Emerich lo que habia pasado. Aquella noticia calmó las penas del baron, quien se entregó al sueño sin presentir la desgracia que le amenazaba.

II.

Habia en el castillo una muger chiquitilla y pizpireta que parecia la movilidad personificada: sus manos, piés, cabeza, lengua etc., estaban en un continuo movimiento. El mayordomo (á quien pertenecia aquella joya, puesto que los habia unido la coyunda matrimonial) miraba con respeto y veneracion los raros talentos de su infatigable y cara mitad, y mas de una vez habia huido prudentemente por evitar el ser víctima de ellos.

Margarita, que así se llamaba la buena señora, tenia una hija llamada Rosa, y á fuer de fieles historiadores, debemos confesar que la muchacha merecia el tal nombre, pues moza mas garrida jamas habia triscado por las colinas de Drontheim. Rosa era la niña mimada de la familia del mayordomo, y la tia Margarita solia repetir con tono fatídico y misterioso, que una gitana le habia vaticinado del modo mas solemne que Rosita llegaria á ser una gran señora. Este profético anuncio perseguia á la muger del mayordomo á manera de pesadilla, y usando de una lógica verdaderamente femenil, se habia formado el siguiente raciocinio.

„El baron mi amo es un gran señor y no se ha casado; mi hija tampoco es casada; luego si se casa con mi amo será gran señora, y he aquí cumplido el vaticinio de la gitana. Y luego,” añadía por conclusion, „hay quien diga que los gitanos no descubren el porvenir!”

Una vez fincada esta idea en el magin de la tia Margarita, vigilaba cuidadosamente las acciones del baron á quien juzgaba ya como propiedad suya, y no fué una de las ménos celosas en hacer comentarios sobre las misteriosas salidas de Emerich.

La enfermedad de éste vino á despertar mas y mas la curiosidad de la madre de Rosa, y estuvo acechando con ánsia la vuelta de Hacem. El Sarraceno era hombre de bien á carta cabal, y solamente adolecia de una afición decidida al vino del Rhin, cosa, que á decir verdad, no se avenia muy bien con los preceptos del Koran. Margarita sabia el pié de que cojeaba; así es, que al salir del aposento de Emerich, le convidó á que echasen juntos un trago. Hacem condescendió como era de esperarse, mas la tia solamente pudo conseguir que le dijese adonde habia ido: en cuanto al objeto de su es-

pediccion se mantuvo firme á pesar de las repetidas libaciones que hizo al dios de la alegria.

Por último, se dirigió á su aposento con no muy segura planta, y la muger del mayordomo se quedó cavilando sobre lo que acababa de oír.

„¡A la fuente de Detmold!” decia. „¿Qué tenia que hacer en la fuente de Detmold? Ya supongo lo que puede ser. Pero no, no se saldrán con la suya. Antes han de saber lo que es Margarita Schreyer.”

III.

Ocho dias despues de las ocurrencias que acabamos de referir, salió el baron de Drontheim con direccion á la fuente de Detmold. Descansaba en la fidelidad de Hacem, y ni remotamente sospechaba que Margarita era poseedora, aunque á medias, de su secreto. Pasó la noche al lado de la doncella de la fuente, y el primer albor de la mañana los sorprendió renovando todavía sus juramentos de constancia y amor.

Emerich imprimió un beso de despedida en la tersa frente de la ninfa, y volvió al castillo. Al salir del bosque le pareció percibir un bulto que se deslizaba entre la sombra de los árboles; mas luego juzgó que habia sido una ilusion y siguió tranquilamente su camino.

Nuestros lectores habrán ya adivinado quién era el bulto. En efecto, Margarita llegó al castillo despues que el baron y se puso á meditar su plan de campaña. Habia oido toda la conversacion del caballero con la ninfa, y no pudo dejar de conocer que la prediccion de la gitana estaba á pique de salir errada; así pues, lo primero que hizo fué divulgar que su amo estaba en relaciones con un demonio que se le aparecia en la fuente de Detmold en figura de muger; y en una conferencia que tuvo con el padre Ricardo, capellan del castillo, le sugirió la idea de anatematizar la fuente y exorcizar al baron.

El padre Ricardo era hombre prudente, y conoció que si acometia á Emerich *ex abrupto* con las armas de la Iglesia, se esponia á recibir una órden de marcha y perder de esta manera el pingüe y descansado empleo que ocupaba al lado del caballero de Drontheim. Valióse, pues, de medios suaves é indirectos para lograr su objeto; mas nada pudo sacar en limpio. Emerich le dijo con aspereza, que se ocupase en cosas del cielo, que esa era su mision, y que le dejase hacer lo que mejor le cumpliera, puesto que ni á mil padres Ricardos tenia él que dar cuenta de sus acciones.

Tal era el estado que guardaban las cosas en el castillo, cuando una noche la ninfa de Detmold esperaba con impaciencia á su fiel caballero. Se acercaba la hora de su llegada cuando vió á una jóven que con el cabello desceñido y bañada en lágrimas, se dirigia á ella. Su primer impulso fué ocultarse en las aguas de la fuente; mas el deseo de saber qué buscaba á aquella hora y en aquel sitio apartado la hizo permanecer.

La doncella se acercó y la dijo con voz interrumpida por los sollozos:

“¿Conocéis al baron Emerich de Drontheim?”

“Le conozco,” respondió la ninfa.

“Pues bien, escuchad,” dijo la jóven. “Emerich es un traidor. Su desvío me habia causado un acerbo dolor; mas ahora que he sabido la causa de él, mi corazon no da cabida mas que al despecho. Me aseguran que en este lugar tiene entrevistas con una doncella de las cercanias. Decidme, por piedad, ¿es esto cierto? ¿Le habeis visto? ¿habeis escuchado aqui alguna vez su voz?”

Calló la incógnita, y la ninfa no pudo contener la efusion de su alma.

“¡Inmortalidad!” exclamó, “¡don fatal! ¿Por qué no me es dable dejar de existir en este instante? No temais, hermosa doncella, el infiel Emerich volverá á vuestros brazos.”

El galope de un caballo se oyó en aquel momento y la jóven huyó despavorida.

“Mucho he dilatado, vida mia,” dijo Emerich al apearse; “mas no ha dependido de mí. La muger de mi mayordomo está en agonía y....”

“Basta ya de falsedades,” interrumpió la ninfa con airado acento. “¿Qué mal sienta la mentira en boca de un soldado de la cruz! Jamas hubiera yo tenido sospecha de vuestra lealtad; pero afortunadamente ya me he desengañado. De hoy en adelante no me volveréis á ver.... Adios!”

La ninfa se sumergió en su palacio de cristal, y Emerich con el corazon traspasado de dolor volvió á tomar el camino de Drontheim. Al dia siguiente salió del castillo acompañado de Hacem.

IV.

Muchos años se habian pasado. El musgo y la yedra cubrian las torres y muros del castillo de Drontheim, abandonado por sus habitantes. Cuando una tarde al ponerse el sol, un anciano doblegado por la edad y el cansancio se dirigia á paso lento á la fuente de Detmold. Llegado que hubo á ella se sentó sobre un césped; y su respiracion entrecortada y sus desencajadas

facciones, daban clara muestra de que muy pocas horas le quedaban de vida.

Cuando recobró algun aliento, exclamó con débil voz:

“En vano he vagado por todo el universo. Mi pena no ha minorado. El infortunio ha surcado hondamente mis mejillas, y mi vigor me ha abandonado para siempre. Y tú, amada mia, ¿te conservas tan hermosa y tan lozana como en aquellos dias de ventura que jamas han de volver para mí?”

El anciano calló abrumado por el dolor. La ninfa oyó su lamento, y salió de su morada subterránea.

El moribundo lanzó un grito al verla. “¡Amada mia,” dijo, “no te he sido infiel!” y espiró.

La ninfa recogió su cadáver é hizo que del sitio donde fué sepultado, brotase una hermosa flor azul, que todavía es llamada por los habitantes de las cercanias: NO ME OLVIDES.

AGUSTIN A. FRANCO.

México, Enero 29 de 1844.

BELLEZAS DE SHAKSPEARE.

Sein Ruhm wird auch in den folgenden Jahrhunderten fortfahren gewaltig anzuwachsen, wie eine von den Alpen herunterrollende Schneelawine.

Y su fama continuará aumentándose irresistiblemente en los futuros siglos, como la masa de hielo que el huracán derrumba de la cumbre de los Alpes.—A. W. VON SCHLEGEL.

ENCONTRAMOS á veces en la poesia lirica algunas composiciones sueltas de tan relevante mérito, que aun sin entrar en mas indagaciones, damos en medio de nuestra admiracion el titulo de poetas, digo mas, de grandes poetas, á aquellos que las escribieron. Otro tanto acontece en el género dramático, en el cual, un cuadro aislado que se entresaca de los demas que forman el conjunto, ó mas claro, una escena por sí sola puede contener primores de tal naturaleza, que por poco versado que uno esté en materias de buen gusto, no puede ménos de reparar que tal pintura precisamente ha sido concebida por un génio profundo, y trasladada al lienzo por una mano maestra.

Cuan importante sea escudriñar, analizar una por una las bellezas que encierran las inmortales obras de los grandes ingenios, despues de haber experimentado el admirable efecto que en nuestra alma produce el todo de cada una de ellas, es una verdad tan manifiesta, que no perderemos el tiempo en inculcarla. Si nos será licito decir, que semejante estudio sube al mas alto grado de interés cuando recae sobre un escritor, que como Shakspeare, ha dado tanto que meditar, tanto que escribir y aun que adivinar á los mas sabios criticos modernos, y cuyas inmensas concepciones, tan

varias é inagotables como la naturaleza misma que las inspiró, darán materia abundantísima de estudio, no ya al presente siglo por mas analítico que se le suponga, sino tambien á las generaciones venideras. Bástenos, en suma, recordar que Goethe, *el poeta de la inteligencia*, ha dicho hablando de Shakspeare, „que una mente creadora no debia estudiar mas de una pieza suya cada año.”

Traducida directamente del original inglés, presentamos hoy á los lectores una escena de aquellas en que el hombre que mas ha creado, segun Alejandro Dumas, se muestra mas inimitable y mas profundo conocedor del corazon humano. Es la pintura que el Lord Byron mismo temió bosquejar en su *Don Juan*, por temor de una comparacion; baste finalmente, anunciar, que es la escena del *Otelo*, en que el trágico inglés nos hace ver lo que son

LOS CELOS.

Recámara.—Desdémóna durmiendo en la cama, una loz

Entra Otelo.



Otelo.—Esta es la causa, esta, ¡oh alma mia! Mi labio no os lo dirá, castas estrellas; pero si es la causa. Con todo, yo no derramaré su san-

gre, ni haré una cicatriz en ese cuerpo mas blanco que la misma nieve, y que tan terso es y tan pulido, cual monumento de alabastro. (Depone la espada).—Pero ella debe morir, que si no, engañará á otros hombres.—Por ahora matemos esta luz, y luego.... luego apagaremos otra llama, la llama de una vida.—Si yo estingo la luz de esta lámpara flameante, y me duele de haberlo hecho, en mi mano está volverle á dar su brillo primitivo; mas si la tuya apago, ¡oh dechado de hermosura, en que naturaleza se excedió á sí misma! ignoro dónde encontraré aquel fuego que sirvió á Prometeo, con que yo pueda volverle la luz que te hubiere robado.—Si yo arranco esa rosa, no podré conseguir que viva y crezca; por fuerza ha de ponerse mustia y marchitarse.—Sorberé, pues, su aroma, mientras que permanece unida al tallo. (La besa).—Oh! aliento embalsamado, bastante poderoso casi á persuadir á la justicia misma, que rompa la espada—uno mas.... otro todavía. Consérvate a si despues de muerta, y entónces si te arrebató la vida para volverte mi amor, un beso mas te doy, es el postrero. Beso tan dulce, jamas fué tan funesto.—Se me saltan las lágrimas: ¡hay lágrimas tan crueles!—Este dolor que siento, hace lo que el cielo, aquello que mas ama, aquello atierra.—Ya despierta.

Desdémón.—¿Quién está ahí—Otelo?

Otelo.—Ay, Desdémón.

Desd.—¿Deseais venir al lecho, señor?

Otelo.—¿Te has encomendado á Dios esta noche, Desdémón?

Desd.—¡Ah!—Señor!

Otelo.—Si allá en tu mente encuentras algun crimen que el cielo no te haya perdonado, —¡impetra su misericordia, luego, al punto!

Desd.—¡Ay de mí!—¿Qué me quereis decir, señor?

Otelo.—Hazlo, y se breve;—yo entretanto me estaré paseando.—No quiero, no, aniquilar tu espíritu desapercibido.

Desd.—¿De matar hablais, señor?

Otelo.—¡Ay de mí!—Si tal.

Desd.—Pues no hay remedio.—Ten piedad de mí ¡oh Dios!

Otelo.—¡Amén!—De todo corazon lo digo.

Desd.—Si tales palabras pronunciais, yo espero que no me matareis.

Otelo.—¡Hum!

Desd.—Y sin embargo os temo, porque sois terrible siempre que vuestros ojos centellean, así, como ahora; mas ¡por qué he de temer? yo en mí no hallo culpa alguna;—á pesar de todo, me siento sobrecogida de terror.

Otelo.—Piensa ya en tus culpas.

Desd.—Mi única culpa es haberos amado.

Otelo.—¡Ay! que tienes de morir por ello!

Desd.—Es inhumano, es cruel, dar á alguien la muerte, tan solo porque ama.—¡Ay de mí! ¿por qué os mordeis el labio? ¿qué sangrienta pasion hace temblar vuestras carnes?—Sinistros son á fé estos indicios, mas yo espero que á mí no me traen mal.

Otelo.—Sosiégate, y escuchame.

Desd.—Así lo haré, ¿qué quereis de mí?

Otelo.—Aquel pañuelo de que hacia yo tanto aprecio, y que te di,—lo has presentado á Casio.

Desd.—Por vida mia que tal no hice, por mi salvacion lo juro. Haced llamar á ese hombre y preguntádselo.

Otelo.—Guárdate del perjurio, guárdate, alma cándida; haz cuenta que estás en tu atahud.

Desd.—Mas no para morir aún, lo espero. ¡Ay misera de mí!

Otelo.—Si, para morir, y en breve.—Así pues, confiesa abiertamente tu pecado, porque negar con juramento un solo ápice, mal puede oscurecer, mal puede destruir la evidencia que tengo de la verdad, de esa verdad que me hace dar gemidos.

Desd.—Entónces, ¡Dios mio, tened misericordia de mí!

Otelo.—Yo repito un *amén*.

Desd.—¿Vos mismo no os apiadais de mí?—Yo nunca os he ofendido, en mi vida, jamas amé yo á Casio; de ese culpable amor que el cielo reprueba, jamas le di yo muestras.

Otelo.—¡Por Dios vivo!—Ese pañuelo mio, lo he visto yo en sus manos.—Ah! perjura muger! tú vuelves mi corazon en duro mármol, tú haces que lo que voy á ejecutar, me parezca á mí mismo asesinato, cuando lo juzgué expiacion y sacrificio.—En ageno poder he visto ese pañuelo.

Desd.—El lo tomó entónces, pues yo no se lo di.—Venga, pues, y hable la verdad.

Otelo.—Ya la ha confesado.

Desd.—¿Pues qué dice? señor!

Otelo.—Lo que dice es: que tú le favoreces.

Desd.—¿Cómo así? ilícitamente?

Otelo.—¡Ay Dios!

Desd.—No lo volverá á decir.

Otelo.—Claro es que no, pues ya su boca es muda. El buen Yago ha tomado al efecto sus medidas.—

Desd.—Fundado es mi temor.—¿Y qué ha muerto?

Otelo.—Si una vida en cada cabello hubiera tendido, otras tantas le habria arrancado mi venganza.—

Desd.—Vendido fué—¡ay Dios! y yo perdida.

Otelo.—¿Y te atreves á llorarle en mi presencia? aparta! infame!

Desd.—Desterradme de vos Señor, mas no me deis muerte.

Otelo.—A tierra! prostituta!

Desd.—Matadme mañana; dejadme la vida esta noche siquiera.

Otelo.—No.—Por mas que hagais—

Desd.—Tan solo una media hora.—

Otelo.—Demos fin á la duda.—

Desd.—Una oracion diré,—solo una.

Otelo.—Ya es muy tarde.— (la sofoca).

Nuestro caro amigo D. Ignacio Rodriguez Galvan, que al melancólico nùmen con que á Dios plugó dotarle, reunia un gusto finisimo y un criterio nada comun en materias literarias, es quien por mero pasatiempo estampó en una carta escrita muy de prisa las atinadas observaciones que siguen, sobre las bellezas que encierra la anterior escena. Tenemos un placer sumo en copiarlas aquí, aunque nos consta que son solamente algunas de las infinitas que en vista de la traduccion del original le ocurrieron, y que habria él amplificado con la atinencia que solia; pero que nosotros por respeto á su memoria, nos contentamos con reproducir sencillamente.

L. M. de C.

“Laroche dice: “Se abre la escena en medio del monólogo de Otelo; el poeta no nos da mas que su última parte. Estas palabras, *¡hé aquí la causa!* se refieren á alguna cosa dicha antes. Es probable que Otelo se haya preguntado qué causa ha podido producir la inconstancia de su muger, y se detiene en la idea de que la causa es su color. *¡Hé aquí la causa!* esclama entónces. Los comentadores se han fatigado en conjeturas; creemos que nuestra explicacion es la mas natural y sencilla.” A lo que responde el comentador de nuevo cuño.—Otelo dice: “*¡Hé aquí la causa, la causa oh alma mia!* no la nombraré delante de vosotras, *castas estrellas.*” Decir que un hombre es negro no ofende la castidad de nadie; ademas, me parece la idea demasiado frívola en este momento. Otelo no comienza por la mitad del monólogo, sino por donde debe comenzar; viene distraido, fija en la mente la idea de que va á quitar la vida á una muger que ama entrañablemente, lo cual se le hace muy duro; pero reflexiona que ella tiene la culpa habiendo cometido *adulterio*; y esta es *la causa, oh alma mia!* y no tu ferocidad; la causa es, pues, el *adulterio* que no nom-

braré delante de vosotras, *castas estrellas*; por no ofender vuestro pudor,

“La presuncion de su siglo y la mania de pulirlo todo, indujo al célebre autor del *Abufar*, Ducis, á destrozar el Otelo. Comenzó por sustituir nombres *poéticos* á los *prosáicos* de Shakspeare, á Cassio le llamó Loredano, á Brabancio, Odalberto, á Desdémón, Hedelmone (Edelmira); á Emilia, Hermancia, á Rodrigo, Péसारó, y arrancó el personaje de *Yago*, que es, como dice Vigny, arrancar del Génesis la serpiente. Le pareció demasiado plebeyo un pañuelo y lo convirtió en diadema; en fin, convirtió al áspero africano Otelo en Monsieur Otelo, caballero francés muy elegante en el decir, y muy ajustado á las reglas del buen tono. En el drama de Ducis que es el que se representa entre nosotros, llega Otelo con firmes intenciones de no matar á Edelmira, y concluye diciendo, que bueno será que él muera. Despierta la jóven sobresaltada diciendo: “*¡Cielos! ¿qué es lo que veo? ¿sois vos, Otelo?*” y este responde friamente: “*Calmaos, yo soy.*” ¿Qué diferencia de esto al original! Sigue una helada altercacion sobre la diadema y una carta; en fin, celos á la parisiense, y por fin la mata, despues que la otra se ha disculpado bastante, contándole una larga historia. Han sido desechados como de mal tono é indignos del coturno trágico, la *causa*, los besos, el terrible *amen*, los *labios mordidos*, el *¡Hum!* etc. etc. Porque, en efecto, figurémonos á un actor declamando en aquel consabido tono, y luego salir con *¡Hum!*. La sencillísima espresion: “*¿Hablais de matar?—Deso hablo,*” está sustituida en la imitacion de Ducis, por: “*Preparaos.—¿A qué?—Os lo dice este acero. (Ce fer doit vous instruire)*” Aquí hay mas elegancia que en lo otro, no cabe duda. Quien desechó por rudo aquello, ¿cómo habia de llamar *prostituta* á Edelmira?”

“Así como los malos poetas tienen cierto aire de familia que nunca desmienten, los poetas gigantes lo tienen tambien. Calderon y Shakspeare, sin conocerse, coincidieron mas de una vez.—,No quiero matarte sin que estés preparada; no quiero matar tu alma.”—(Shakspeare) „Salva tu alma, que tu vida es imposible.” (Calderon.—El médico de su honra).

(*) De intento no se podian haber elegido nombres mas impropios que los sustituidos por Ducis, pues todos son enteramente *góticos* aplicados á personajes *venecianos*, al paso que los otros son lo que deben ser, nombres italianos.

L. M. de C.